



Fernando Nolla vivió con el autor la vorágine de los años 60 en Londres. Pero solo le interesaba lo que tenemos los humanos en común, el misterio de nuestros orígenes.

El sabio impasible

Suelo decir que solo tengo amigas. Casi nunca he utilizado mi tiempo para conservar amigos. Siempre me ha fascinado la distancia increíble entre el primer fósil femenino de homínido, Lucy –que vivió hace tres millones de años–, y la mujer moderna montada en sus tacones. Su evolución es asombrosa. Mi curiosidad infinita me lleva a contemplar, en cambio, a los innumerables *chimpancés* que me encuentro en la calle: los hombres han conservado en mayor medida su carácter infantil, no dejan de ser niños en toda su vida. Lo más sorprendente es que continúan pareciéndose mucho a nuestro primo evolutivo, el chimpancé, que inició su aventura personal hace entre 4,5 y 7 millones de años, en una rama diferente a la homínida, la nuestra.

Fernando Nolla siempre fue la gran excepción. No he conocido desde entonces a otro pensador ni tan bueno ni tan ignorado. Daba gusto oírle desgranar nuestros orígenes como si las proezas del género humano no hubieran existido. Para Fernando, todo tenía el mismo denominador común: lo que había en el numerador no le afectaban ni a él, ni a la verdad, ni al final de la historia. Solo contaba lo que nos hacía humanos, y en condición de tales poco importaba que habláramos chino, inglés o gallego, idiomas que él dominaba indistintamente.

Durante cinco años compartió el trabajo y la vida diaria conmigo en los servicios exteriores de la BBC, en Bush House, en el Strand londinense. Yo no podía regresar a Es-

paña porque no me había presentado para terminar el último tramo de las milicias navales, como cabo primero de infantería de marina. Tenía mis razones para dejar de hacerlo, pero jamás hablé de ello con Fernando. No le interesaba, porque no afectaba a la evolución de los sentimientos de la especie.

Él era el único exiliado de verdad, sin serlo administrativamente. No volvía a Galicia porque la había dejado definitivamente atrás: podía esperar cien o doscientos años a que le alcanzaran en su desdén por lo material, en su interés por la textura del chino, del gallego o del español. Nunca le vi preocupado, pero siempre estaba absorto por lo que acababa de descubrir. Fue mi década de exilio en Londres, la de los 60, pero él me la convirtió en el centro de un universo.

Escuchando sus relatos después de haber leído un libro me transmitía agrandada la alegría del autor. Porque nadie leía con la misma fruición en aquellos años. Por entonces, los perversos asesinaron a Kennedy; los hippies no paraban; mayo del 68 iba a cambiar el mundo; en España, ni siquiera el franquismo pudo impedir la apertura del turismo y la llegada de los primeros bikinis. A Fernando Nolla le gustaba hablar de ellos un rato, pero rara vez supe algo de sus propios sentimientos, que parecían no haber dejado huella en su cerebro. Estaba siempre ocupado en explorar lo que ocurría dentro de los demás, en un tiempo en el que apenas nadie se fijaba en ello. ¡Ocurrían tantas cosas fuera de uno mismo!

Estaba siempre ocupado en explorar lo que ocurría dentro de los demás, en un tiempo en el que apenas nadie se fijaba en ello

Cuando dejó los servicios exteriores de la BBC, pudo haber ido a cualquier lugar del mundo, ya que pocos lingüistas dominaban el pasado y porvenir de los idiomas como él. Sus amigos tardamos un tiempo en descubrir que había decidido quedarse en Londres, como traductor oficial para la Organización Internacional del Café.

El horario en la BBC era especial: entrábamos a las 15 horas y salíamos a las 23. Cuando pasaba algo, era el momento de comprar en el Strand la última edición de los periódicos, como ocurrió con el magnicidio del trigésimo quinto presidente norteamericano. Aunque si quería saber de verdad lo que estaba sucediendo, lo mejor era que Fernando me lo desvelara. Eso sí, tenías que seguir su paso lento y quedarte a su lado, porque nunca le apeteció que los demás se enteraran de lo que le estaba pasando a él por dentro.

De quién hablamos:

El lingüista Fernando Pérez-Barreiro Nolla (1931-2010) llegó a Londres en 1963, donde trabajó para las emisiones en gallego de la BBC con el nombre de *Fernando Nolla* hasta 1969. Luego fue traductor en la Organización Internacional del Café. En 2009, la Xunta de Galicia le otorgó la Medalla Castelao.



ARTURO ASENSIO